

IMPORTANCIA DE LA PALABRA COMO ELEMENTO MOTIVADOR DE UNA COMUNIDAD. CASPE, XVIII-PRIMER TERCIO DEL XX

Ejemplos de Las Misiones (discurso religioso) y Centros Públicos de reunión (discurso pagano).

ALBERTO SERRANO DOLADER

«Nuestros hábitos docentes muestran el predominio del lenguaje escrito, con notoria falta de atención por la palabra hablada y con reducción muy frecuente de la palabra cantada, mecanismo poderoso para el recuerdo» (1). La cita con la que abrimos este trabajo corresponde a una de las afirmaciones del comunicólogo Juan Beneyto. Hemos querido poner en voz de una autoridad en la materia, algo que se presenta para el investigador con claridad meridiana: el mundo de la

palabra está huérfano de atenciones.

Es imposible negar que desde el inicio de la denominada «galaxia de Gutenberg», la letra impresa ha condicionado, dirigido y alentado el desarrollo de la humanidad. Pero sería estar ciego mentalmente afirmar que, pese al libro y al periódico, la convivencia humana no se siguió viendo influenciada por la actuación más directa y persuasiva de la *palabra*.

Partiendo de estas premisas, intentaremos en este trabajo ofrecer pistas y recoger orientaciones bibliográficas de cara a comprobar el valor determinante que la *palabra*

(1) BENEYTO, Juan: *Conocimiento de la Información*; Alianza Editorial, Madrid, 1973, pág. 34.

tuvo en los siglos XVIII-XIX e inicios del XX en un núcleo rural aragonés: la ciudad de Caspe (Zaragoza).

En las dos centurias señaladas y en el inicio del actual siglo, en Caspe se publicaron más de 25 periódicos diferentes, algunos de ellos de tan larga vida como pudo ser *El Guadalope*. En otros lugares ya hemos estudiado esta vertiente de la comunicación. A los lectores interesados les remitimos a las fuentes bibliográficas que apuntamos (2).

Conviene no obstante, señalar aquí un hecho fácilmente demostrable. La propia prensa, en las circunstancias a las que nos referimos, debe principalmente su potencial de influencia a la palabra hablada. Trataremos de explicarnos:

En los momentos cronológicos a los que nos referimos, no sólo en Caspe, sino a nivel general, el índice de alfabetización era alarmantemente bajo. Fácilmente puede pensarse que los medios de comunicación impresos sólo influían directamente en la conducta de las élites alfabetizadas, que con posterioridad actuaban sobre la masa haciendo las veces de lo que los teóricos han dado en denominar «*líderes de opinión*». Los que sabían leer, o querían hacerlo, comentaban luego lo leído, estableciéndose de este

(2) En diversas publicaciones y lugares hemos escrito en torno al periodismo caspolino. Aconsejamos, no obstante, la lectura del trabajo:

ALDEA GIMENO, Santiago y SERRANO DOLADER, Alberto: *El Periodismo en Caspe*; Monográfico núm. 1 de *Cuadernos de Estudios Caspolinos*, Grupo Cultural Caspolino (Institución Fernando el Católico), Caspe, diciembre 1981.

modo un mecanismo oral de difusión-discusión-influencia.

Por otra parte, este fenómeno no es del todo ajeno a los tiempos actuales. Sea suficiente con recordar algunas consideraciones que en 1980 firmaba Juan Luis Cebrián:

«*No se comprende que una prensa (como la actual) de escasa tirada y más escasa lectura aún sea tan potente (...) Se comprende más, no obstante, si se comprueba que a esos electores les mueven las élites y los líderes de opinión, a su vez con tan poca raigambre entre nosotros que basen no pocas veces sus decisiones o juicios políticos en lo que leen en la prensa*» (3).

Pero volviendo al Caspe de pasadas épocas, demostremos con datos el escaso índice de alfabetización. En 1981, de 244 electores de las huertas de la ciudad, sólo 7 sabían leer. Por poner otro botón de muestra indiquemos que en 1899 de 63 mozos sorteados sólo 25 sabían leer y escribir, lo que enseña a inducir a pensar cuál no sería la situación del sexo femenino (4).

(3) CEBRIAN, Juan Luis: *La Prensa y la Calle*; Col. «Mano y Cerebro» n.º 17, Edit. Nuestra Cultura, Madrid, 1980, pág. 68.

(4) Estos datos han sido tomados del Acta de la Sesión Plenaria que celebró el Ayuntamiento de Caspe el 26 de marzo de 1899. También de la pág. 154 de los *Anales de Caspe* escritos por Mosén Juan Antonio del Cacho y Tiestos en 1955. Estos *Anales* aportan datos del Caspe de 1815 a 1900 y con ellos el autor pretendió continuar los que Mosén Mariano Valimaña escribiera en 1836 (Los *Anales* de Valimaña ofrecen datos en torno al Caspe que va desde épocas anteriores a Cristo y hasta 1835). Tanto de los *Anales* de Valimaña como de los de Cacho existen ediciones ciclostiladas.

Pero la palabra no sólo era decisiva para la difusión máxima de la letra impresa, sino que la palabra también era elemento primordial del propio contenido de los artículos periodísticos. El redactor buscaba en las tertulias del café «*los motivos y temas para criticar, moralizar, comentar*» (5), es decir, se inspiraba en lo que en esas tertulias escuchaba.

Hasta aquí hemos visto cómo se supeditaba —hasta cierto punto— el propio mensaje impreso a la palabra. Es uno de los muchos ejemplos que podíamos haber elegido para justificar el título de este trabajo.

Pero bien estará que pasemos ya a delimitar cuáles van a ser, en adelante, las metas a alcanzar. *El discurso religioso y el discurso profano* serían los dos grandes ejes temáticos a abordar.

El discurso religioso ocupará quizá la parte fundamental de nuestro trabajo. No olvidemos que el mundo cristiano «*recibió de la ciudad pagana la fórmula al uso de la comunicación oral. Los obispos con sus homilias, los sacerdotes con sus predicaciones...*» (6). Para demostrar la importancia que el discurso religioso tuvo en el Caspe de pasadas épocas elegiremos, precisamente, esas *predicaciones* que dieron en llamarse *Misiones*.

(5) PERINAT, Adolfo y MARRADES, María Isabel: *Mujer, Prensa y Sociedad de España. 1800-1936*; Col. Monografías núm. 36, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1980, pág. 78.

(6) BENEYTO, Juan: *Idem*, pág. 35.

Por supuesto, la importancia de la palabra y sus vinculaciones con lo religioso no queda patentizada en exclusiva con las *Misiones*. Podríamos habernos referido también a la palabra cantada que constituye parte principal en los Gozos, Salves, Romerías y Rogativas, pero es tema que no abordaremos (21).

Para demostrar la importancia que tuvo la palabra como elemento de comunicación al margen de lo religioso, también nos encontramos con varios posibles caminos. Puestos a elegir ejemplificaremos el *discurso profano* en el importante proceso de comunicación oral que se producía en casinos, cafés, tabernas y establecimientos similares. En estos centros de ocio se formaban grupos dialogantes a la par espontáneos y consolidados. Y no olvidemos que «*la principal fuerza estructuradora de las opiniones es, en la edad adulta, la constelación de identificaciones y participaciones en grupos. Pertenecer a un grupo proporciona canales de información y también identificaciones con personas —los líderes de opinión— que expresan y orientan opiniones*» (7).

También podríamos habernos detenido en señalar cuál fue la fuerza de la palabra en la educación de los niños y cuál fue la importancia y transcendencia del discurso político. Ni uno ni otro aspecto abordaremos en las páginas que siguen. En el primer caso (educación) porque de algún modo ya hemos escri-

(7) GOMIS, Lorenzo: *El Medio Medio: la función política de la prensa*, Seminarios y Ediciones S.A., Madrid, 1974, pág. 183.



Existen diversas actividades que posibilitan la transmisión oral.

to de ello en otro lugar (8). En el segundo caso hemos preferido no entrar a enjuiciar la importancia que indudablemente debió tener el discurso político, y lo hemos preferido por falta de fuentes que poder estudiar.

Otro aspecto que también podría haber dado juego es el haber intentado analizar la importancia que la palabra transmitida oralmente, de generación en generación, tuvo. Es el caso de los cuentos y de las leyendas, ya estudiadas por el profesor Aldea (22).

En definitiva y a modo de resumen: muchas eran las posibilidades de investigación que se presentaban para poder demostrar la importancia de la palabra en una sociedad como la caspolina. Por razones de espacio nos hemos limitado a elegir el caso de las *Misiones* (discurso religioso) y el caso de los *centros públicos de reunión* (discurso profano).

LAS MISIONES COMO EJEMPLO DEL DISCURSO RELIGIOSO

En los siglos pasados para prevenir la influencia de las «*malas costumbres*», la Iglesia hizo uso de todos los medios a su alcance. «*Una de las maneras de influir era la palabra: la palabra que tronaba desde*

(8) En el momento de escribir estas líneas, el autor tiene en imprenta un trabajo titulado «Panorama docente en el Caspe de 1900 a 1936», aparecerá publicado en una revista científica de la Institución Fernando el Católico.

el púlpito o que se susurraba a través de la reja del confesionario» (9).

Desde mediados del XIX los «*nuevos católicos*», conscientes de la pérdida de su viejo estatus se disponen a defenderlo «*adoptando, incluso antes de la Rerum Novarum, posturas de tipo social-paternalista*» (10).

Campos de batalla de estos nuevos católicos serán:

— *La política*: varios son los partidos que se comprometen con la doctrina social de la Iglesia.

— *Los sindicatos*: recuérdese la diversidad de Círculos Católicos que España conoce desde mediados del XIX.

— *La educación*: la importancia de las órdenes religiosas en la formación de los españoles es manifiesta.

— *La prensa*: llamada «Buena» en contraposición al resto de los rotativos.

La importancia de la *palabra* para lograr los fines autopropuestos por la jerarquía religiosa era claramente manifiesta. En el Bajo Aragón lo fue desde incluso mucho antes de que, en tiempos de El Compromiso, pudiera escucharse la voz persuasiva de San Vicente Ferrer.

Uno de los usos más peculiares de la palabra fueron las *Misiones*. Mosén Mariano Valimaña, en sus famosos *Anales*, dijo de ellas cuando corría el siglo XIX: «*No hay un remedio más eficaz para reparar los*

(9) PERINAT, Adolfo y MARRADES, María Isabel, *Idem*, pág. 226.

(10) FERNANDEZ CLEMENTE, Eloy: *Aragón Contemporáneo 1833-1936*, Siglo XXI, Madrid, 1975, pág. 49.

males morales, hacer frente a la impiedad e irreligión, desterrar los vicios y volver las almas extraviadas al camino de la fe católica y de las virtudes cristianas, que las misiones de hombres acreditados en virtud y letras» (11).

Debe entenderse aquí *Misión* por una predicación, repetida a lo largo de varias jornadas, por parte de una persona (preferentemente sacerdote o religioso) especialmente apta para el uso de las técnicas retóricas y persuasivas de la palabra.

La práctica de las *Misiones* no era exclusiva del tiempo cuaresmal, pero en esta época del año su arraigo y constancia era mucho mayor.

En el Caspe de inicios de nuestro siglo la predicación cuaresmal se hacía hasta un total de tres veces diarias. El misionero acudía por la mañana a las escuelas, teniendo como auditores a los niños y niñas; a primeras horas de la tarde la Iglesia Parroquial se llenaba de mujeres para oír al orador; por la noche eran los hombres quienes se daban cita en el templo para el mismo fin.

Aunque las Misiones eran promovidas por la Iglesia, en ciertas épocas en las que el contexto político acompañaba el Ayuntamiento

corría con todos los gastos ocasionados.

Este maridaje entre Trono y Altar queda también de manifiesto en el hecho de que durante los días que duraban las Misiones (quince o veinte jornadas) el Concejo «*prohibía severamente las tabernas, los juegos y demás diversiones públicas*».

A inicios del XIX había una especie de *turno* establecido para realizar las Misiones cuaresmales. Cada año se encargaba de predicarlas una orden religiosa de las que estaban asentadas en la ciudad. Así, por ejemplo, un año era predicador el Prior de los Dominicos, al siguiente el de los Agustinos, al otro el de la comunidad Capuchina...

Además de correr con todos los gastos ocasionados (en 1880 al cuaresmero le fueron pagados 640 reales de vellón), el Ayuntamiento era el responsable, en caso de controversia, de decidir qué orden se encargaría de pronunciar los sermones. Así, pintoresco es el dato que poseemos en torno a la elección del *Cuaresmero* para el año 1821. Según parece, muchas órdenes religiosas deseaban el puesto. El Concejo tomó por sorteo la decisión mediante el procedimiento de bolas negras y bola blanca. En todo caso, para el adjudicatario había una condición previa: que en las pláticas explicase «*la Constitución de la Monarquía*».

Tal como hemos señalado, la práctica de las *Misiones* no era exclusiva de la Cuaresma. A veces motivos políticos las promovían. Valimaña escribe, refiriéndose a 1816:

(11) VALIMAÑA Y ABELLA, Mosén Mariano: *Anales de Caspe*; el párrafo está tomado de unas referencias muy interesantes que realiza en torno a las Misiones en las páginas 274-291 (edición ciclostilada que realizó el Ayuntamiento de Caspe en 1972).

En torno a las Misiones, y en especial la del caspolino Josef Escorigüela, puede consultarse también el ejemplar correspondiente al 27 de febrero de 1955 de «Mi Parroquia-Caspe».

«*Concurrida la guerra contra Napoleón, que es la que llamamos de Independencia, porque no queríamos depender de la Francia, y reunidos luego los religiosos enclaustrados en sus respectivos Conventos, pensó luego el Gobierno del Rei en la reforma de las costumbres, maleadas con el trato de los extranjeros, que al paso que querían conquistar la España, sembraban mucha cizaña, que se radicó bastante en algunos corazones y con esto el pueblo español quedó desmoralizado en muchas cosas que oyó y vió. Para reparar, pues, todas estas quiebras, y en tablar de nuevo nuestras creencias religiosas y antiguas costumbres, mandó el Gobierno paternal de Su Majestad, que los Obispos mandasen misiones de Religiosos ejemplares y sabios por todos los pueblos de la nación, y así se verificó en Caspe por este año*» (12).

Misiones no cuaresmales realizaron en Caspe el Capuchino *Beatro Fray Diego de Cádiz*, a quien en su estancia en 1787 acompañó una tramoya de hechos milagrosos. *Fray Agustín Roche*, de la orden de los Mínimos, predicó en 1794. En el año 1816 lo hicieron los Frailes *Felipe de la Virgen del Carmen* (religioso Descalzo de Santa Teresa, conventual en Zaragoza), *Francisco de Santa Bárbara* y *Pedro de Santo Domingo* (prior del convento de la Torre de Calanda). Exactamente 20 días duró la Misión que el 18 de diciembre de 1823 inició en Caspe *Fr. Ramón Julián*, a quien acompa-

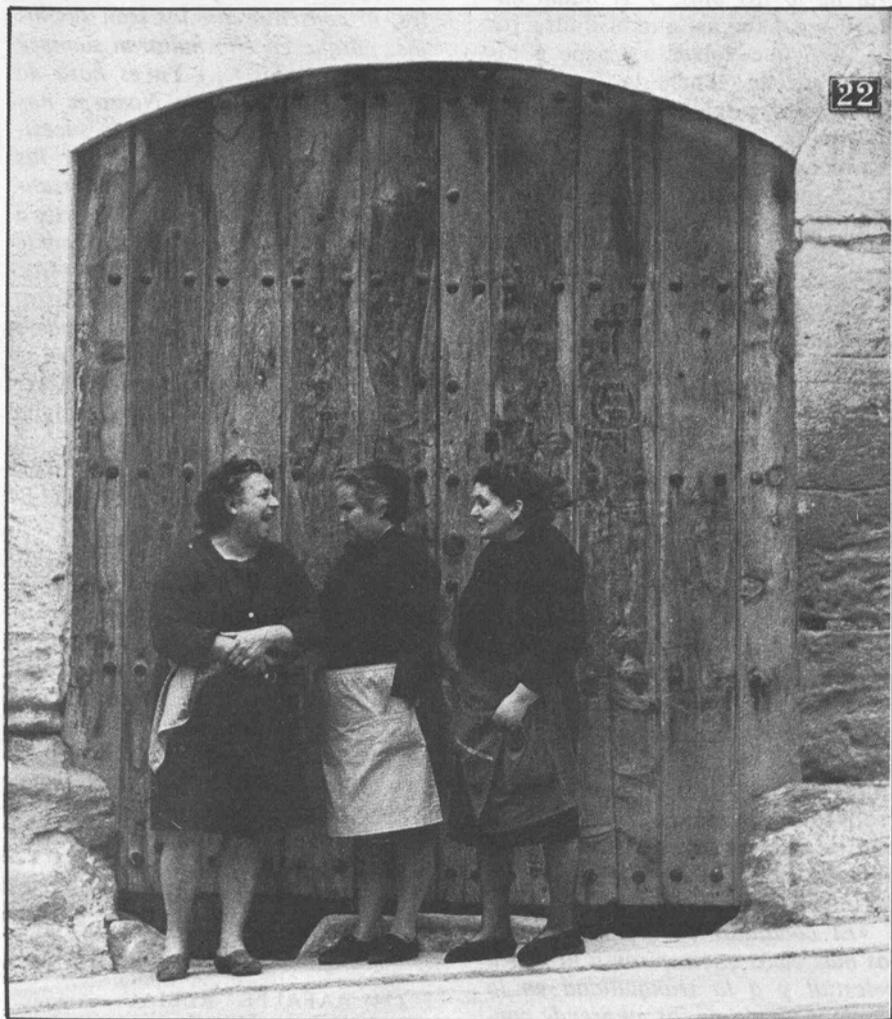
ñaban otros franciscanos del convento de Daroca.

Según Valimaña, la Misión más espectacular y con resultados más positivos fue la que realizó el P. Fr. *Josef Escorigüela* a quien acompañaba el segundo el P. Fr. *Vicente Añón*. Ambos eran religiosos franciscanos residentes en el convento de Híjar y gozaban de amplia fama como predicadores. Fray Josef tenía 46 años y 16 de experiencia como misionero. Josef y su acompañante llegaron a Caspe el 10 de noviembre de 1832 y permanecieron ejerciendo su función hasta el 23 de diciembre.

Valimaña, que en sus *Anales* dedica amplio espacio al tema, resume así los resultados de la Misión del Padre Josef (11):

«*Desde que comenzaron las confesiones a los ocho días de la Misión, fue cosa extraordinaria lo que se ha conesado la jente, repitiendo las confesiones muchas veces. Se hicieron muchas, muchísimas confesiones jenerales, por lo que los confesores todos trabajamos extraordinariamente a toda hora, de día y aún de noche por ocurrir a la vergüenza que algunos penitentes tenían de que los vieran, mas todo este trabajo, aunque largo y más penoso, lo ha hecho soportable y suave el ver las buenas disposiciones que traían los pobres pecadores para enmendarse; el ver su inclinación, progresión y asistencia a los templos, al Rosario, al Viacrucis, y en una palabra, a todo lo bueno (...) Los corazones más duros se ablandaron como la cera; los más obstinados se convirtieron, el ladrón se acusó y restituyó; el matador lloró; el des-*

(12) VALIMAÑA Y ABELLA, Mosén Mariano: *Idem*, pág. 216.



Cualquier momento y lugar es bueno para comunicarse. En la década de 1980, todavía funcionaban en Caspe los mecanismos que posibilitan la tradición oral.

*honesto se arrepintió; el murmura-
dor se refrenó; el escandaloso pidió
misericordia; el ciego, en una pala-
bra, abrió los ojos, y el mudo ha-
bló*». Y tal fue así que el Padre Jo-
sef tuvo que volver a Caspe a los
10 meses de concluida la Misión
por clamor popular.

A pesar que la mayor parte de
las veces los Misioneros venían de
otros lugares, también en Caspe
hubo sacerdotes que dominaron las
artes de la oratoria. Es el caso del
franciscano *Buenaventura Matute*
(sumamente gesticulador) y de su
compañero de orden *Buenaventura
Quecedo*. Ambos vivieron en el
Caspe de inicios del XX y, curiosamente,
no apareció nunca en la prensa local
del momento. Por el contrario, los
sacerdotes que más colaboraron
con los semanarios locales de aque-
lla época (*El Guadalupe, Caspe...*)
no han pasado al recuerdo de la
memoria colectiva por sus dotes de
oradores. Y es que «*se puede ser un
gran escritor y, al mismo tiempo,
orador mediocre*» (13).

Conviene constatar sin más de-
mora que, en la comarca, no fue
sólo Caspe el lugar en que se desa-
rrollaron «Misiones». Prueba de
ello es este curioso párrafo que un
habitante de Nonaspe firma en un
periódico zaragozano:

*«El coadjutor de Nonaspe es de
los más vivos que aspiran a la gloria
celestial y a la tranquilidad en la
tierra. Cuando no las emprende con-
tra las jóvenes que van al baile, nos*

(13) SENGHER, Jules: *El arte de la orato-
ria*. Col. Mirasol, Compañía General Fabril
Editora, Buenos Aires, 1962, pág. 120.

*trae expertos predicadores que des-
de el púlpito aconsejan a los feligre-
ses que para salvar su alma no de-
ben leer nunca los periódicos radica-
les, ni consentir que los lean sus hi-
jos, porque en ello hallarán siempre
malos ejemplos (...)* Ya es hora de
que los habitantes de Nonaspe nos
uniéramos a fin de que en lo sucesi-
vo, este coadjutor deba cerrar las
puertas de su casa y para poder ali-
mentarse tenga que pedir socorros a
alguna omnipotencia y seguramente
quedaría ligero de estómago» (14).

Tal como se ha dicho, las Misio-
nes solían prolongarse por espacio
de 20 días. El marco en el que se
pronunciaba los sermones solía ser
la Iglesia Parroquial, aunque algún
balcón de la Plaza Mayor sirvió
también más de una vez como lu-
gar desde el que hablar al pueblo
congregado (15).

También hemos indicado que,
quizá para potenciar los mecanis-
mos persuasivos, las Misiones rara
vez eran conjuntas. Por lo común
iban dirigidas las charlas o a hom-
bres, o a mujeres, o a niños (a cada
uno de estos grupos los convocaba
el predicador a una hora distinta).
No quiere ello decir que no se cele-
brasen actos conjuntos en los que
todos, independientemente de sexo
o edad, tenían cabida.

Cada uno de los sermones que
pronunciaba el orador duraba alre-

(14) RAFALES ALBIAC, Amado:
«Desde Nonaspe. Y va de... curas»; crónica
publicada por *La Correspondencia de Ara-
gón* el 3 de mayo de 1912.

(15) Valimaña lo asegura al tratar de las
predicaciones que en 1787 realizó en Caspe
el Beato Diego de Cádiz y al explicar las
Misiones del año 1832.

dedor de una hora. A ello habría que sumar el aparato litúrgico que antecedería y precedía a la palabra.

Cada día el sermón se refería a un asunto, complementario del abordado en la jornada anterior y preparatorio del tema que iba a ser expuesto el día siguiente. Valimaña (11) nos ofrece el listado de temas que Fray Josef Escorigüela abordó en su Misión: «*de las malas confesiones, de la muerte, del juicio, del infierno, de la dilación en la penitencia, de la malicia del pecado mortal, de los escándalos, del hurto, del juramento, maldición y blasfemia, del odio o rencor, de la murmuración y de la profanación del día de fiesta...*»

Indudablemente, tanto el lugar como el contexto donde se pronunciaban estos sermones, favorecían todas las ventajas que puede tener el ejercicio de la oratoria religiosa: «*la autoridad del que habla; la santidad del sitio; la grandeza del asunto y la buena disposición del que escucha*», y a todo ello habría que sumar «*la carencia de adversario que replique*» (16).

El orador está seguro de sí mismo. Conoce a su público porque antes de iniciar el primer sermón de la Misión se ha preocupado de saber cuáles son los vicios y cuáles las costumbres de los lugareños. Así, por ejemplo, el tan nombrado Josef Escorigüela, nada más llegar a Caspe «*en seguida pidió a ciertos eclesiásticos le diesen razón de los puntos siguientes: qué vicios eran*

más comunes en el pueblo, y por qué nombres los entienden mejor las gentes del lugar, para poder así re- prenderlos con acierto; qué clases de jente se conocen o se tienen por más viciosas; bajo de que denominación tienen más devoción a María Santísima; qué confesores tenían más crédito en el pueblo; qué abusos o malas costumbres se practicaban los días festivos, dignos de corrección; qué clases de jentes u oficiales son más dados a los juegos o tabernas; si los pastores hacen muchos daños con los ganados; si los labradores acostumbra a esperar a las puertas de las Iglesias hasta que sale la Misa, como si tuvieran miedo de que se les caiga encima...»

Además de esta labor de recogida de información hay otros muchos elementos que contribuyen a crear ambiente de Misión en la ciudad; reparto de estampas y libritos, procesiones constantes, cánticos religiosos en lugares públicos, toques especiales de campanas («*a las cinco y media de la tarde se comenzaba a tocar todos los días a media vuelta de campana, hasta las seis...*»).

Una vez dentro de la Iglesia, cuando se inicia el primer sermón de la Misión, se establece un proceso comunicacional que difícilmente puede denominarse como de *masas*. Efectivamente el orador no se enfrenta a un auditorio «*relativamente grande, heterogéneo y cuyos miembros son anónimos*» (17). El

(17) WRIGHT, Charles: *Comunicación de masas. Una perspectiva sociológica*; Col. «Biblioteca del hombre contemporáneo», núm. 63, Edit. Paidós, tercera edición, 1972 (Buenos Aires).

(16) ARPA Y LOPEZ, Salvador: *Compendio de retórica y poética*, Madrid, Imprenta Central a cargo de Víctor Sáinz, 1885 (cuarta edición), pág. 139.

orador, ya lo hemos visto, conoce a su público y sabe manejar los recursos más propios, por eso, «*de voz más poderosa que amena — escribe Blanco White — un misionero se siente dolido y frustrado si no es interrumpido por los sollozos y una parte del auditorio femenino no entra en un estado de histeria*» (18).

En una Misión, usando terminología de Kimball Young, el predicador es «*el agente activo de la situación*» mientras que el público «*es el miembro pasivo de esta relación de uno a todos*» (19).

Todo está programado para alcanzar los objetivos deseados. «*Gran fruto se vio en las almas a resultas de los sermones*», escribe Valimaña refiriéndose a la Misión de Fr. Ramón Julián en 1823. Y añade: «*la piedad, la devoción, la enmienda, las confesiones generales, la frecuencia del templo y de los sacramentos, todo esto y mucho más fueron el fruto de las Santas Misiones; y aunque es verdad que muchas almas vuelven de nuevo al vómito de sus culpas, también lo es que otras en jamás vuelven, o no es de asiento, o por lo menos se abstienen por mucho tiempo, y entre tanto se les hace con ellas guerra al mundo, al demonio y a la carne*» (20).

Para aproximarnos al conoci-

(18) Esta descripción del Misionero corresponde a un texto de Blanco White que es citado en el libro de Mari Cruz SEOANE *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*, Fundación Juan March-Editorial Castalia, Valencia, 1977.

(19) KIMBALL YOUNG: *Psicología de la muchedumbre y de la moda*, Edit. Paidós, Buenos Aires, 1969, pág. 45.

(20) VALIMAÑA: *Idem*, pág. 256.

miento estilístico de cómo eran pronunciadas esas pláticas de Misiones, nos es sumamente útil el transcribir textualmente un largo párrafo en el que Mosén Mariano Valimaña (11) cuenta cuáles eran los recursos retóricos que empleó Fray Josef Escorigüela cuando sermoneó en Caspe en 1832. Valimaña dice así:

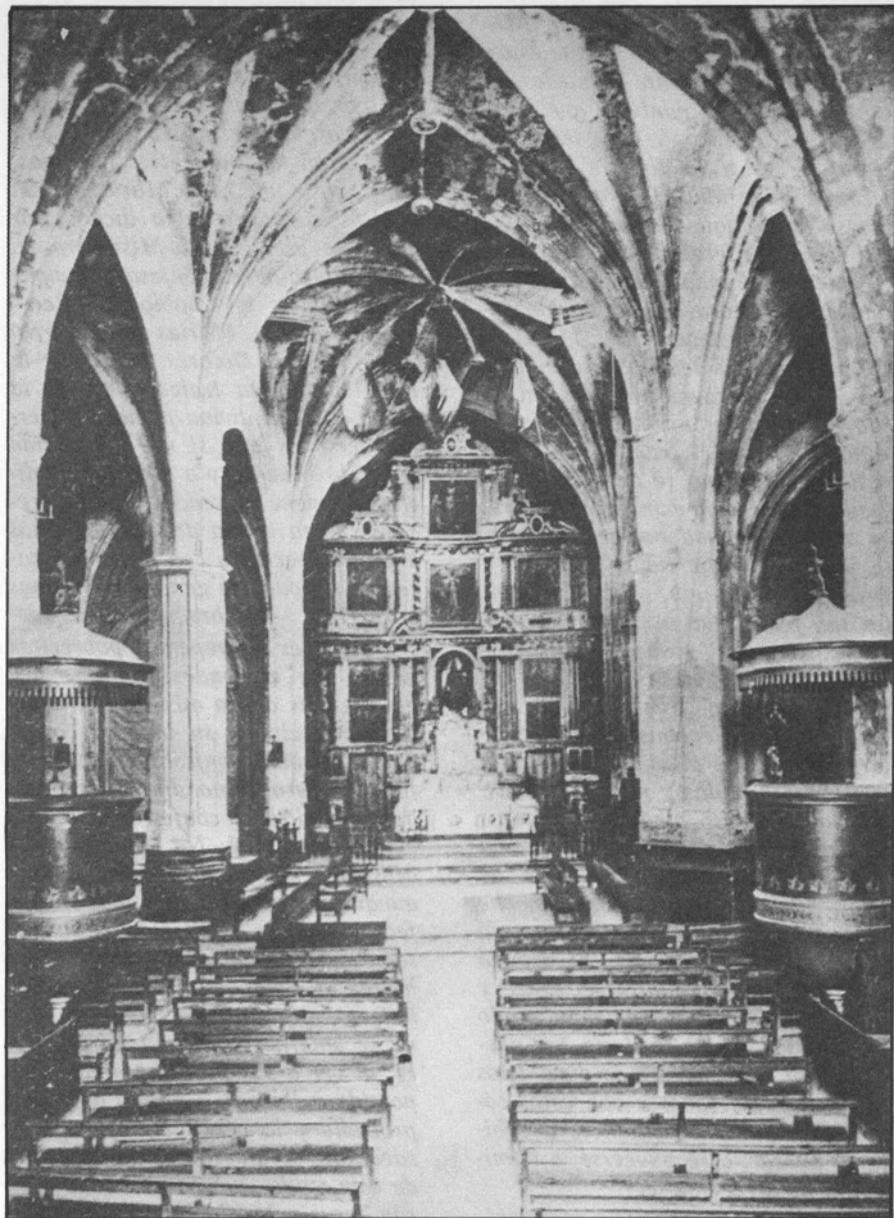
«**Invectivas generales.** — *que usaba con más frecuencia. En todas las Misiones usaban de algunos conceptos particulares o invectivas que llamasen la atención de aquellos que se hallaban implicados en la materia de que predicaba, y éstas eran del tenor siguiente: ¡A cuántos tocó en el corazón ahora mismo! — Pecador, tú que estás en esa puerta (o en esa Capilla), ¿No es verdad que a tí*

(21) Quien esté interesado especialmente en estos aspectos puede consultar los siguientes trabajos:

— CACHO Y TIESTOS, Mosén Juan Antonio: *Las ermitas de Caspe, sus capillas y capillitas en las fachadas*. En este libro, escrito en 1949, Cacho realiza un repaso a la historia, festejos y tradiciones relacionados con medio centenar largo de ermitas y capillas. Transcribe y rescata las letras de los gozos, salves y demás oraciones cantadas. Esta obra, de doscientas páginas, no ha sido editada. En la Biblioteca Municipal de Caspe puede encontrar el lector una fotocopia mecanografiada (estantería del Grupo Cultural Caspolino).

— LATRE REBLED, José Manuel: «Una primera aproximación a los cantos religiosos en la ciudad de Caspe» en *Cuadernos de Estudios Caspolinos*, núm. VI; Grupo Cultural Caspolino, Caspe, mayo 1982. En este trabajo Latre Rebled hace uso del libro anteriormente citado de Cacho y Tiestos.

— SERRANO DOLADER, Alberto: «Tradiciones Festivas en la Ciudad de Caspe». Se trata de un trabajo de 200 folios mecanografiados que va a ser publicado en «Cuadernos de Estudios Caspolinos».



Iglesia parroquial de Caspe en la década de 1920. En los laterales pueden verse los *púlpitos*, lugar desde el que la voz del misionero llegaba a los fieles.

te pilla de medio a medio la Misión?. — Mujer lasciva, tú que estás en ese rincón, escápate si puedes de ese golpe, de esa aldabada que Dios te dá al corazón; ¿Y aún serás ingrata?. — A tí te digo, a esa que pecó no hace mucho, y a esa otra que se ha franqueado tantas y tantas veces; miserables, no sé como duermen, hallándose en estado de condenarse ahora, ahora mismo. — Sí, sí, joven lascivo, a ése, que, aún en la Iglesia vá detrás de su amiga, a ese, que ahora mismo pensaba en ella, a ese digo; mira, desde ahora te aplazo para el tribunal de Dios, si desde ahora no te arrepientes, si desde ahora no te enmiendas, si desde ahora no abandonas ese mal trato y amistad que tienes. — ¡Santo Dios! Allá hay uno, ¡qué tocamientos tan feos! ¡qué acciones tan deshonestas! ¡qué cosas... mi Dios! ¡cuántos demonios le rodean ahora mismo!. — Hai frente se ve una mujer que está enemistada con cierta persona; más allá hai un hombre que compra mulas y no tiene Bulas; levantáos almas piadosas, dejádoslos pasar, venid aquí al medio, venid que os quiero decir de parte de Dios, que tal vez esta misma noche moriréis, y vuestro paradero será los profundos infiernos. Si alguno habia en la Misión, que éstas y otras espresiones le tocaban en lo vivo; desde luego se decía así mismo: Dios mio, por mí lo dice; Dios mio, a mí me toca; y con esto, comenzaba ya desde entonces a cabilar a pensar, a reconocerse, a humillarse, a arrepentirse.

Invectivas particulares, de las cuales se aprovechaba de vez en

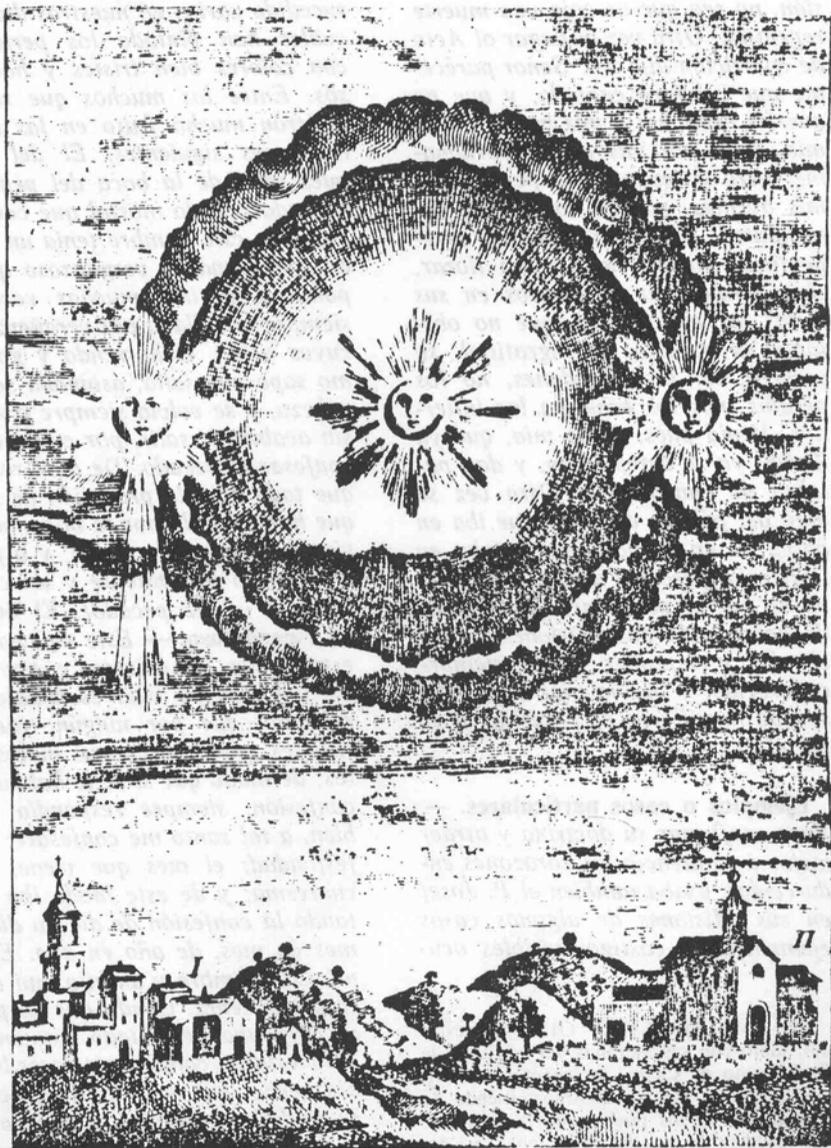
cuando, no todos los dias; y esto, unas veces antes de comenzar la Misión; otras parándose en seco como pensativo a cualquier tiempo; otras después de acabar la Misión. Tales eran las siguientes: Recemos, hijos míos, una Ave Maria por un infeliz pecador que ha dicho: Por más que predique el Misionero, ni me confieso ni me confesaré, aunque se me lleven los diablos. — Recemos siete Ave Marias a la Virgen Ssma. de los Dolores, para que la Reina Soberana traiga como de la mano a oír la divina palabra a ciertas personas que si no han venido aun a la Misión; y a otra que ha dicho, no viene ni vendrá aunque predique hasta el día del juicio; almas piadosas, recemos con devoción, para ver si podemos ganar estas almas para Dios. — Pobrecitas almas (decia otra vez de repente) pobrecitas almas, me compadezco al ver que hai algunas ahora mismo, que están pendenciando en su interior con el demonio sobre confesarse o no confesarse, pero cómo diré tales pecados, que dirá el confesor si llega a conocerme... qué; No temáis, almas aflijidas, no temáis; buen ánimo, aunque sean los pecados más sucios, feos y grandes del mundo, y aunque sean más en número que estrellas hai en el cielo. Estoy seguro que no hai en estos dias un Confesor, que no se entenezca, y aún tal vez llorare, al ver a sus pies una alma arrepentida y llorosa. Lo digo de veras, provadlo y lo veréis. Y si un pobre sacerdote se alegra de ver una alma de este modo, cuánto más se alegrarán Jesus y Maria, y todos los anjeles del Cielo. Ea, ea, almas tímidas, fuera del temor, fuera del miedo; a

este demonio callador, decide, que se vaya a los infiernos, luego confesión, no sea que os coja una muerte repentina. Otra vez al llegar al Acto de contrición dijo así: Señor parece-me que os miro enojado, y que no queréis venir hoy a mis manos. Dios mio, si es por mis culpas perdóname, pero si es por los pecados de mis oyentes, porque no quieren enmendarse, porque no quieren arrepentirse, porque no quieren llorar, sino permanecer obstinados en sus vicios, os pido Señor, que no obstante su miseria, su ingratitude, su sordera, no los abandones, no los perdáis, nos los echéis a los infiernos. Venid pues, Jesús mio, que ya lloran, ya se arrepienten, y dan palabra de enmendarse. Otra vez se bajó del púlpito diciendo que iba en busca de un pecador que estaba en la Iglesia; pero tan duro y obstinado en no querer perdonar, que a pesar de haber oído dos Misiones contra el odio, y el rencor, estaba siempre endurecido, y quería más condenarse que humillarse ni perdonar a su enemigo.

Ejemplos o casos particulares. — Para confirmar su doctrina y atraer mejor a penitencia los corazones endurecidos, usaba también el P. Josef en sus Misiones de algunos casos ejemplares, o castigos visibles ocu-

(22) Santiago ALDEA GIMENO estudió, junto con sus alumnos del Instituto de Bachillerato de Caspe, los cuentos y tradiciones que se habían ido transmitiendo de forma oral en los pueblos de la comarca. Un resumen de esas investigaciones, así como la transcripción de los cuentos más representativos, fueron publicados en *Cuadernos de Estudios Caspólicos*.

rridos en lo antiguo con algunos pecadores, al modo que en España han sucedido varios en nuestros días, los cuales han pintado los periódicos con colores bien tristes y horrorosos. Entre los muchos que refirió, hicieron mucho fruto en las almas los casos siguientes. El del **Sapo** pues salía de la boca del penitente en cada pecado mortal que confesaba; pero este hombre tenía un pecado tan grande y vergonzoso que se ponía a decirlo muchas veces, y siempre lo callaba por vergüenza, en cuyos actos, el horrendo y gordísimo sapo que salía, asomaba solo la cabeza, y se volvía siempre a entrar sin acabar de salir, por causa de no confesar el pecado. De aquí resultó, que toda aquella procesión de sapos que había salido por la boca, se volvieron a entrar de nuevo, y a pocos días murió impenitente y sin confesarse el infeliz pecador. El del **rico escandaloso.** — Este mal hombre estaba tan de asiento y tan bien avenido con su vida escandalosa y relajada, que por ningún título ni razones quería dejar sus malos tratos, de modo que si se le hablaba de confesión, siempre respondía, pues bien, a tal santo me confesaré; a tal festividad; el mes que viene; a la cuaresma; y de este modo iba dilatando la confesión de día en día, de mes en mes, de año en año. Enfermó este hombre y un hijo muy tímido que tenía, viendo que su padre se agravaba demasiado, comenzó a amonestarle, como otras veces lo había hecho, que se confesase, porque se hallaba en riesgo y peligro. Su padre no creyéndose en tal estado, siempre respondía: **Pues bien, veremos mañana; y el mañana nunca lle-**



I Villa de Caspe

II Convento de Capuchinas

«EL FENOMENO DE LOS TRES SOLES»

Ya hemos mencionado en el trabajo la visita realizada a Caspe en 1787 por el renombrado misionero capuchino *Beato Diego José de Cádiz*.

Se traslada desde Zaragoza a Cataluña y en Caspe se detuvo durante dos jornadas, pronunciando sermones en la Iglesia Parroquial y en la Plaza Mayor.

Cuando el día 19 de enero se disponía a partir aconteció el siguiente fenómeno que resume en sus anales Valimaña:

«Eran las ocho o algo más de la mañana cuando, estando en oración el Padre Diego en la Iglesia del Convento de Capuchinos, tomando la bendición del señor para hacer su viaje y casi todo el pueblo en la plaza del convento, apareció de repente un fenómeno o prahedio trisolar en el hemisferio gentil de esta Villa. Veíanse tres soles iguales, símbolo o signo sin duda de la Santísima Trinidad, de quien era devotísimo el venerable padre. Yo no diré que esta aparición sea milagrosa, pero también digo que todo esto y mucho más puede hacer el señor» (pág. 170 de los «Anales»).

En 1801 Fray Bruno de Zaragoza (ex-provincial de los capuchinos de Aragón) publicó un opúsculo en Madrid en el que se relata una curiosa descripción del no menos curioso fenómeno. En la primera página se señala cómo el día trisolar amaneció *«muy apacible y quieto»* a lo que añade: *«el oriente sólo ocupado de unas nieblecitas muy tenues, que apenas se percibían; lo restante del hemisferio con muchas nubes y obscuro: el sol en capricornio y muy despejado»*. En el opúsculo en cuestión —al que corresponde el grabado con que ilustramos este recuadro— se inserta también un discurso físico-astronómico y un canto a las virtudes del Beato Diego, quien había viajado a Caspe en compañía de Fray Agustín de Graus. Tras el fenómeno el orador partió hacia Mequinenza, haciendo noche en la caspolina ermita de La Magdalena, donde volvieron a repetirse hechos fantásticos (que nos relata Cacho y Tiestos en *«Las ermitas de Caspe, sus capillas y Capillitas»*, 1949. Página 12 del manuscrito).

En torno a la vida y obra del Beato Diego de Cádiz puede el lector consultar bibliografía en las páginas 94 ss. y 134 ss. del volumen *«La Cátedra de Economía Civil y Comercio de Zaragoza...»* publicado por Diputación General de Aragón y Universidad de Zaragoza en 1984. Se cuentan en este volumen también las muy curiosas andanzas zaragozanas del Beato, en especial su fustigación contra el economista Lorenzo Normante, acusándole de blasfemo contra la doctrina católica.

*gaba; una noche pues comenzó agri-
tar desmesuradamente, hijo mio, hijo
mio, mira que andan por aquí mu-
chos demonios. No tema V. padre,
le respondió el hijo, será que V. se
ha dormido algo. No hijo mio, no,
asísteme por Dios que me amenazan,
asísteme hijo mio. Padre, si no hai
nada. Hijo mio que me agarran de
los pies; deténme que se me llevan.
A Dios con mil demonios por no ha-
berme confesado. Así fue a presencia
de todos se lo llevaron los demonios
en cuerpo y alma, arrastrándolo con
furia por el suelo, y escaleras abajo,
y ya no se vio más. Otro caso fue el
de la mano peluda.*

LOS CENTROS PUBLICOS DE REUNION, COMO EJEMPLO DEL DISCURSO PROFANO

Tal como señala Bravo Morata (23) los primeros años de nuestro siglo son los del florecimiento de los cafés: *«No son sencillamente unos establecimientos donde el parroquiano se sirve de aquello que necesita su estómago, paga y se va (...) en el café se hacen los escritores y se prestan y piden dinero mutuamente, se come o se aguanta el hambre con un vaso de leche, se co-tillea, se susurra, se comenta, se escriben los mejores libros».*

A nivel de una sociedad como la caspolina, también se cumplen las palabras de Bravo Morata, incluso es posible que este ambiente del ca-

(23) BARAVO MORATA, Federico: *El sainete madrileño y la España del sainete*, Edit. Fenicia, Madrid, 1973, pág. 118.

fé como sitio de encuentro y tertulia se pueda detectar cronológicamente mucho antes que en las grandes urbes.

Además, en una sociedad como la caspolina, no sólo los cafés o casinos cumplen las funciones enumeradas. También los bares y las tabernas son lugares aptos para el diálogo. Eso sí: dadas las características demográficas de la población que es eje de nuestro trabajo, tanto los cafés como los bares presentan características absolutamente machistas en cuanto a su clientela habitual.

Los comentarios realizados a pie de barra, las conversaciones a la «fresca» de un «velador» (terrazza) llegaron a tener tanta trascendencia como para que el alcalde de la ciudad (Emilio Tapia) propusiera en un pleno municipal celebrado en 1926 que se realizase un llamamiento a los vecinos para que cesaran *«los comentarios que en bares y otros sitios ha habido en los últimos tiempos, ya que esos comentarios y esas censuras en vez de dar luz y ayuda al Ayuntamiento crean dificultades a su gestión»* (24).

Este proceso comunicacional que, mediante la palabra, se ejercía en los bares, ponía también en peligro la prepotencia de la Iglesia. Ya hemos hecho referencia a que durante la celebración de las Misiones se tomaban medidas de precaución, siendo una de ellas «prohibir severa-

(24) Acta de la Sesión Plenaria celebrada por el Ayuntamiento de Caspe el 23 de agosto de 1926. Las actas se conservan en el archivo Municipal de Caspe, aunque en un estado más que lamentable en cuanto a su orden y cuidado.

mente durante la Misión las tabernas, los juegos y demás diversiones públicas» (25). Otro ejemplo sería el hecho de que el periódico local encuadrado dentro del movimiento denominado Buena Prensa, se refiriera críticamente en más de una ocasión a estos bares o casinos. Así, *La Sinceridad* (que este es el nombre del semanario católico local al que nos referimos) apuntaba a finales del XIX que «las tabernas y los bares son lugares en los que la ociosidad encuentra ancho campo para dar a luz todos los vicios, y fomentarlos y extenderlos fuera de aquellos sitios donde nacieron» (26).

Lógico es que nos preguntemos cuántos eran estos lugares de «perversión». En 1863 se contabilizaban 16 tiendas de aguardiente y diez tabernas (27). En 1924 (cuando la ciudad superaba con creces los 9.000 habitantes) existían cuatro sociedades o casinos, tres cafés, tres bares y un buen número de tabernas (28). Estos establecimientos podían permanecer abiertos hasta las 11 o las 12 de la noche, según la época del año (29).

(25) VALIMANA: *Idem*, pág. 275.

(26) Este texto está tomado de un recorte de *La Sinceridad* que no conserva la fecha de publicación, aunque puede datarse sin duda alguna a finales del siglo XIX.

(27) CACHO Y TIESTOS. Mosén Juan Antonio: *Anales de Caspe*, Iglesia Parroquial, pág. 87 de la edición ciclostilada en 1980.

(28) GARCIA GARATE, Román: *Guía General de Aragón, Navarra, Soria y Logroño*, Imprenta editorial V. Campo, Huesca, 1924, pág. 246 ss.

(29) *Ordenanzas municipales para el régimen y gobierno de los habitantes de la Ciudad de Caspe*, editadas por el Ayuntamiento de Caspe e impresas en la Tipográfica Sanz, Caspe 1930, pág. 16.

En el contexto social de la época, la taberna era el más humilde de los establecimientos que nos ocupan. Tal como hemos visto, las había en abundancia. Fermín Morales, no sabemos si con ironía, pone en voz de uno de sus personajes que llegaron a coexistir cuarenta (30). El mismo autor comenta que en estos lugares se reunían por la mañana, a temprana hora, los jornaleros. Allí tomaban anís «como quien echa gasolina para empezar el trabajo». Allí también se comunicaban sus inquietudes.

En Caspe todavía se recuerdan nombres de tabernas que fueron famosas: «La de la Revuelta» (que estaba en el lugar del casco urbano denominado de tal forma), «La de la Pitarca» (cerca de la Glorieta), «La Taberna del Tío Madrilla», «La del Tío Lasheras», «La taberna de Martina»...

Todas estas tabernas solían estar atendidas por las mujeres, mientras tanto sus maridos acudían a las labores del campo. El público («parroquianos») de por la mañana y de por la tarde-noche eran los propios trabajadores agrícolas; los clientes de las horas centrales del día eran en su mayor parte personas de considerable edad.

Una categoría intermedia entre tabernas y casinos la constituían los cafés propiamente dichos. En el Caspe de inicios de nuestro siglo, cafés de prestigio fueron el «Emilio

(30) MORALES CORTES, Fermín: *Fotogramas caspolinos. Vidas humildes y pintorescas de un Caspe de pasadas épocas*, Grupo Cultural Caspolino, Caspe, 1979, pág. 47.

Sierra», «El Suizo» (cuyo propietario era Santiago Ballesteros), el de «Zabay» (que regentaba un tal Florentín), «El Camas», «El Vda. de Monclús», «El Vda. de Valls»...

Hubo centrales sindicales que también abrieron establecimientos hosteleros al público. Es el caso de la UGT. En la última casa de la Calle Mosén Pedro estaban los locales de la central socialista. En una de las dependencias funcionaba un café. Si nos creemos lo escrito por Sebastián Cirac, «este café-bar de la UGT debió tener considerable afluencia de público ya que en época de la Segunda República *«la masa, que había dejado de ir a los templos, escuchaba allí a oradores al principio por mera curiosidad, pero después acabó por entusiasmarse»* (31).

Donde verdaderamente queda patente el valor e influencia de la palabra, a través de la tertulia, es en el caso de los casinos. No es motivo de este trabajo esbozar la historia de las diversas sociedades que, a modo de casinos, han existido en Caspe (32). En 1885 ya tene-

mos documentada la existencia de un casino. En 1893 se crea el denominado «Carlista». A finales del XIX se crea también el «Casino Mercantil, Industrial y Agrícola». El talante de este último era conservador y, por eso, en la primera década del XX se escinden algunos de sus socios fundando el «Círculo Caspe», que viene a ser el casino de las izquierdas. Estos dos casinos se volverán a unir en marzo de 1935.

Por otra parte, en la primera década de nuestro siglo se fundan el «Sindicato Agrícola de San Lamberto» y el «Círculo Católico», entidades de vida paralela que pueden inscribirse dentro del sindicalismo católico del momento.

En todos estos casinos se celebraban diariamente tertulias. Si tenemos en cuenta que a ellas asistían los componentes de la élite local, quienes tenían a nivel del pueblo el poder decisorio, fácilmente deduciremos la importancia que pudieron llegar a tener.

Pero, ¿cómo eran estas tertulias?, ¿de qué se hablaba? Dejemos paso a quienes las vivieron:

Figura clave en el panorama local del primer tercio de siglo fue *Agustín Cortés*. Abogado de estudios, propietario de importantes bienes, fue según propia confesión un izquierdista moderado. Fue alcalde de la ciudad y pasó por las redacciones de los periódicos locales. En 1922, firmando como *Cestor*, dejó escrito:

«Casi siempre, en estas tertulias, se comentan discursos de tal o cual político, el último atentado sindicalista; se señalan medidas para evitar el encarecimiento de la vida y los

(31) CIRAC ESTOPANAÑAN, Sebastián: *Los Héroes y Mártires de Caspe*, Imprenta Octavio y Félez, Zaragoza, 1939, pág. 16.

(32) El autor que firma este estudio está trabajando ahora en la realización de la historia de los Casinos de Caspe. Hasta el momento lo único publicado que merezca la pena citarse es el trabajo de Antonio PEIRO ARROYO «El Sindicato católico agrario de Caspe en 1936 (¿Sindicato agrario o Unión de Derechas?)». Este trabajo fue presentado a modo de Comunicación a las III Jornadas sobre el estado actual de los Estudios sobre Aragón, celebradas en Tarazona del 2 al 4 de octubre de 1980. Las actas de las jornadas fueron publicadas en 1981.

LA OPINION DEL PAÍS.

<p>PRECIOS DE SUSCRICION.</p> <p>— —</p> <p>Caspe. — Un mes 50 céntimos. — Ocho — Trimestre 1.75 pesetas. No se venden números sueltos.</p>	<p>PUBLICACION SEMANAL.</p> <p>REDACCION Y ADMINISTRACION.</p> <p>Calle Iruja, núm. 14.</p>	<p>ADVERTENCIAS.</p> <p>— —</p> <p>Anuncios y comunicados á precios en- fermedades. — La correspondencia se diri- girá al director de este periódico.</p>
--	---	--

«LAS MISIONES» EN UN PERIODICO CATOLICO

Desde el 28 de septiembre de 1884 hasta el 4 de julio de 1886 se publicó en Caspe «*La Opinión del País*». Semanario que desde el número 15 aparece con el subtítulo «*Periódico defensor de los intereses del Bajo Aragón*». Ve la luz en un momento en que la comarca carece de prensa.

Periódico católico se articula en torno a las grandes solemnidades litúrgicas: Pentecostés, Semana Santa, Resurrección... y su artículo más importante, el editorial, se ocupa con primordial importancia, de defender la postura católica en torno a los grandes temas de siempre.

No obstante, «*La Opinión del País*» no es un rotativo que pueda encuadrarse dentro de la línea denominada «*de la buena prensa*» (tal como, por ejemplo, lo será más tarde «*El Noticiero*» zaragozano). «*La Opinión del País*» es un ejemplo de periodismo católico avanzado y progresista si nos atenemos a su época.

En dos ocasiones se ocupa el semanario caspolino, en forma de editorial, de las «*Misiones*» locales del momento. En el número 60 (15 noviembre 1885) tras enumerar diversas escuelas de pensamiento «*sofísticas y ateas*» se realizan por el editorialista las siguientes consideraciones:

«Para confusión, vergüenza y esterminio de cuantos pretendan sustentar sus maquiavélicos pensamientos nacidos de estas fatales escuelas, ya que no para su arrepentimiento porque no quieran oír las esplicaciones fundamentales de la verdad, nacieron y se propagaron las Santas Misiones, á que se consagran celosos, activos e incansables sacerdotes que, olvidando las cosas terrenales, se entregan a la defensa y enseñanza de las sabias doctrinas, que bajo todos los puntos que las examinemos no tienen otro fin que nuestra ilustración, nuestra moralidad y el engrandecimiento y desarrollo progresivo de las ciencias.»

Una semana más tarde el rotativo hace balance y señala, entre otras cosas: «*Sin contar los niños, pasan de tres mil entre hombres y mujeres los que se han acercado a la Sagrada mesa para recibir el Pan Eucarístico*». Caspe tenía por aquel entonces alrededor de 8.500 habitantes. Los Padres Jesuítas Vinader, Pérez y Lahoz, habían organizado, además, sermones y procesiones múltiples y visitas a enfermos y prisioneros de las cárceles del partido.

estragos del juego; se idean planes que pongan fin a la campaña de Marruecos; se hacen cálculos sobre los millones de pesetas que fingiendo desempeñar un destino, disfrutan millares de parientes, amigos y paniaguados políticos... Pero la efervescencia de estas conversaciones se apagan con el último sorbo de café; pues siempre terminan echando la culpa al gobierno; y así se enoja uno y se va a su casa tan ricamente en busca de la blanca placidez del lecho» (33).

Fermín Morales Cortés (34) es oftalmólogo vocacional. En 1927 comenzó a ejercer en Caspe la medicina general, tarea que prosiguió durante 45 años. También fue periodista de publicaciones locales, y alcalde en los primeros años del régimen franquista. Sobre el conteni-

(33) CESTOR (Agustín CORTES GUIU): «Un Sueño», artículo publicado en *El Guadalupe* (Caspe) el 5 noviembre 1922.

(34) Más datos biográficos sobre Cortés y Morales pueden verse en mi trabajo «Caspe (1927-1928). Comentarios y análisis». Este trabajo fue publicado a modo de introducción de la reedición que el Grupo Cultural Caspolino realizó en 1982 de la revista *Caspe*.

do de esas tertulias de café de los primeros años del siglo, ha escrito:

«La carrera de precios se comenta con alarma. El futbol con gusto y pasión. La política a temporadas, según los acontecimientos, al igual que las chimorrerías, es decir, cuando no hay materia de comentario».

En el mismo lugar comenta Morales el proceso de formación de esos grupos de contertulios: «los grupos se seleccionan espontáneamente por afinidad de gustos y caracteres, entre edades próximas generalmente» (35).

Como podrá deducir el lector, tanto Cortés como Morales quitan trascendencia al hecho de la tertulia y a los propios temas abordados. Quizá el haber sido ellos protagonistas de las mismas, les reste objetividad para enjuiciarlas, porque ¿cuántas decisiones municipales no tendrían origen en conversaciones de este tipo? ¿cuántas actuaciones políticas no se fraguarían entre taza y taza de café?

(35) MORALES CORTES, Fermín: «Fotogramas...», pág. 51.



I Villa de Caspe (p. XVIII)

II Convento de Capuchinos



Hecho (Huesca), 1917. Archivo Mas.